

Los Matones

Ernest Hemingway

Traducción: Eduardo Gasca

La puerta del cafetín de Henry se abrió y dos hombres entraron. Se sentaron ante el mostrador.

—¿Qué desean?— les preguntó George.

—No sé— dijo uno de los hombres. —¿Qué quieres comer, Al?

—Yo no sé— dijo Al. —No sé lo que quiero comer.

Afuera iba oscureciendo. Las luces de la calle entraban por la ventana. Los dos hombres sentados al mostrador leían el menú. Desde el otro extremo del mostrador Nick Adams los observaba. Estaba conversando con George cuando ellos entraron.

—Tráeme cochino asado con manzana y puré de papas— dijo el primer hombre.

—Eso todavía no está listo.

—¿Y para qué carajo lo pones en la lista?

—Esa es la cena— explicó George. Lo puede pedir a las seis.

George miró el reloj de pared tras el mostrador.

—Son las cinco.

—El reloj marca las cinco y veinte— dijo el segundo hombre.

—Tiene veinte minutos de adelanto.

—¡Al carajo el reloj!— dijo el primer hombre. —¿Qué tienes de comida?

—Les puedo poner sándwiches de cualquier clase— dijo George. —O pueden pedir huevos con jamón, hígado y tocineta, o carne.

—Dame pollo con petipúa y salsa blanca con puré de papas.

—Eso es para la cena.

—Todo lo que queremos es para la cena, ¿no? Así es como trabajan aquí.

—Les puedo poner huevos con jamón, huevos con tocineta, hígado...

—Tráeme huevos con jamón— dijo el hombre llamado Al. Llevaba sombrero bombín y un abrigo negro cruzado. Su cara era pequeña y blanca y tenía los labios tensos. Usaba bufanda de seda y guantes.

—Dame huevos con tocineta— dijo el otro. Era casi del mismo tamaño que Al. Sus caras eran distintas, pero vestían como gemelos. Ambos llevaban abrigos demasiado apretados. Estaban inclinados hacia adelante, los codos sobre el mostrador.

—¿Qué hay para beber?— preguntó Al.

—Cerveza suave, orange, gingereil.

—¡Yo quise decir algo de BEBER!

—No hay sino eso.

—¡Tremendo pueblo!— dijo el otro. —¿Cómo es que se llama?

—Summit.

—¿Sabías que existía? — le preguntó Al a su amigo.

—No— dijo este.

—¿Y qué hacen aquí por la noche?

—Cenan— dijo su amigo. —Se vienen todos para acá y se dan un atracón.

—Eso es— dijo George.

—¿Tú crees? — le preguntó Al a George.

—Claro que sí.

—Eres un vivote, ¿no?

—Claro.

—Bueno, pues no lo eres— dijo el otro hombrecito. —¿Lo es, Al?

—Es un tonto— dijo Al. Se volteó hacia Nick. —¿Cómo te llamas?

–Adams.
 –Otro vivote–dijo Al. –¿No es un vivote, Max?
 –El pueblo está lleno de vivotes– dijo Max.
 George puso dos platos, uno de huevos con jamón, el otro de huevos con tocineta, sobre el mostrador. Puso a los lados dos plásticos de papas fritas y cerró la ventanilla de la cocina.
 –¿Cuál es el suyo?–le preguntó a Al.
 –¿No te acuerdas?
 –Huevos con jamón.
 –Todo un vivote– dijo Max. Se inclinó hacia adelante y cogió los huevos con jamón. Los dos comían con los guantes puestos. George los veía comer.
 –¿Qué estás viendo TÚ?– encaró Max a George.
 –Nada.
 –¿Cómo que nada? Me estabas viendo a mí.
 –A lo mejor el muchacho quería hacer un chiste, Max– dijo Al.
 George se rio.
 –Tú no te rías– le dijo Max. –No te rías ni de casualidad, ¿entiendes?
 –Está bien– dijo George.
 –¡Así que él cree que está bien! –Max volteó hacia Al. –Él piensa que está bien. ¡Eso sí que está bueno!
 –¡Oh, es todo un pensador!– dijo Al. Siguieron comiendo.
 –¿Cómo es que se llama el vivote que está allá enfrente? –preguntó Al a Max.
 –¡Hey, vivote!–le dijo Max a Nick. –Pásate para detrás del mostrador con tu amigo.
 –¿Por qué?– preguntó Nick.
 –Por nada.
 –Es mejor que te pases, vivote– dijo Al. Nick le dio la vuelta al mostrador.
 –¿Por qué?– preguntó George.
 –A ti no te importa un coño– dijo Al. ¿Quién está allá en la cocina?
 –El negro.
 –¿Cuál negro?
 –El negro que cocina.
 –Dile que venga.
 –¿Por qué?
 –Dile que venga.
 –¿Dónde creen ustedes que están?
 –Sabemos más bien que el carajo en donde estamos– dijo el llamado Max. –¿Es que parecemos zoquetes?
 –Estás hablando como un zoquete– le dijo a Al. –¿Para qué te pones a discutir con ese muchacho? Oye– le dijo a George– dile al negro que venga acá.
 –¿Qué le van a hacer?
 –Nada. Usa la cabeza, vivote. ¿Qué le vamos a hacer a un negro?
 George abrió la ventanilla que daba a la cocina.
 –Sam– llamó. –Ven acá un momento.
 La puerta de la cocina se abrió y entró el negro.
 –¿Qué pasa?– preguntó. Los dos hombres al mostrador le echaron un vistazo.
 –Está bien, negro. Quédate parado ahí– dijo Al. Sam, el negro, de pie con su delantal, miró a los hombres sentados ante el mostrador.
 –Sí, señor– dijo.
 Al se levantó del taburete.
 –Me voy para la cocina con el negro y el vivote– dijo. Vuelve a la cocina, negro. Tú te vas con él, vivote.
 El hombrecito caminó hacia la cocina detrás de Nick y Sam, el cocinero. La puerta se cerró tras ellos.
 El hombre llamado Max se sentó al mostrador enfrente de George. No miraba a George sino al espejo que ocupaba todo el fondo del mostrador. Henry había remodelado su bar transformándolo en cantina.

–Bueno, vivote– dijo Max, mirando al espejo– ¿por qué no dices algo?
 –¿Qué es lo que pasa?
 –¡Hey, Al!– gritó Max– el vivote quiere saber qué es lo que pasa.
 –¿Por qué no se lo dices?– llegó la voz de Al desde la cocina.
 –¿Qué crees tú que pasa?
 –No sé.
 –¿Qué crees?
 Max hablaba sin apartar los ojos del espejo.
 –No lo voy a decir.
 –¡Hey, Al, el vivote dice que él no va a decir lo que cree que pasa!
 –Te estoy oyendo perfectamente– dijo Al desde la cocina. Mantenía abierta la ventanilla por la que pasaban los platos hacia la cocina sosteniéndola con una botella. –Oye, vivote– le dijo a George desde la cocina– arrímate un poquito más allá. Tú muévete un poco a la izquierda, Max. Parecía un fotógrafo haciendo los preparativos para tomar un retrato de grupo.
 –Dime, vivote– dijo Max. –¿Qué crees que va a pasar?
 George no dijo nada.
 –Te lo diré yo– dijo Max. –Nosotros vamos a matar a un sueco. ¿Tú conoces a un sueco grandote que se llama Ole Andreson?
 –Sí.
 –¿Viene a cenar todas las noches, ¿no?
 –A veces viene.
 –Llega a las seis, ¿no?
 –Cuando viene.
 –Todo eso lo sabemos, vivote– dijo Max. –Dime otra cosa: ¿nunca vas al cine?
 –De vez en cuando.
 –Deberías ir más. El cine es bueno para un vivote como tú.
 –¿Por qué van a matar a Ole Andreson? ¿Qué les ha hecho?
 –No ha tenido chance de hacernos nada. Ni siquiera nos conoce.
 –Y nos va a ver solamente una vez– dijo Al desde la cocina.
 –¿Y entonces por qué lo van a matar? –preguntó George.
 –Lo vamos a matar por un amigo. Solamente para complacer a un amigo, vivote.
 –Cállate la boca– dijo Al desde la cocina. –Estás hablando más que el carajo.
 –Bueno, tengo que divertir a este vivote, ¿no es verdad, vivote?
 –Hablas más que el carajo– dijo Al. –El negro y el vivote míos se divierten solos. Los tengo junticos, como un par de amiguitas en un colegio de monjas.
 –Ya me imaginaba yo que estuviste en un colegio de monjas.
 –¿Qué sabes tú?
 –Estuviste en un colegio judío. Ahí fue donde estuviste.
 George alzó la vista hacia el reloj.
 –Si entra alguien le dices que el cocinero no está, y si insiste le dices que vas a cocinar tú mismo. ¿Entendiste, vivote?
 –Está bien. ¿Qué van a hacer con nosotros después?
 –Eso depende– dijo Max. Esa es una de las cosas que uno no sabe sino después.
 George alzó la vista hacia el reloj. Eran las seis y cuarto. Se abrió la puerta de la calle. Entró un conductor de tranvía.
 –Hola, George– dijo. –¿Hay cena?
 –Sam salió– dijo George. –Volverá dentro de media hora.
 –Mejor me voy– dijo el conductor. George miró el reloj. Eran las seis y veinte.
 –Eso estuvo mejor, vivote. Eres todo un caballerito.
 –Él sabía que le iba a volar la cabeza– dijo Al desde la cocina.

—No —dijo Max. —No fue por eso. El vivote es simpático. Es un muchacho simpático. Me cae bien.

A cinco para las siete George dijo: —No va a venir.

Otras dos personas habían entrado al cafetín. En una ocasión George fue a la cocina y preparó un sándwich de huevos con jamón que un hombre pidió para llevar. En la cocina vio a Al, con el sombrero echado hacia atrás, sentado en un taburete al lado de la ventanilla, con una escopeta de cañón recortado apoyada sobre la repisa. Nick y el cocinero estaban en un rincón, espalda contra espalda, y amordazado cada uno con un paño. George preparó el sándwich, lo envolvió en papel encerado, lo metió en una bolsa. El hombre pagó y se marchó.

—El vivote hace de todo— dijo Max. Cocina y todo. Algún día convertirás en feliz esposa a una muchacha, vivote.

—¿Sí?— dijo George. —Su amigo, Ole Andreson, no va a venir.

—Vamos a darle diez minutos— dijo Max.

Max miraba al espejo y al reloj. Las agujas del reloj señalaron las siete en punto, y luego las siete y cinco.

—Vámonos, Al— dijo Max. —Mejor nos vamos. Ya no viene.

—Mejor le damos cinco minutos— dijo Al desde la cocina.

A los cinco minutos entró un hombre, y George le explicó que el cocinero estaba enfermo.

—¿Por qué carajo no te consigues otro cocinero?— preguntó el hombre. —¿No estás administrando una cantina? Se marchó.

—Vámonos, Al— dijo Max.

—¿Qué hacemos con los dos vivotes y el negro?

—Déjalos tranquilos.

—¿Te parece?

—Seguro que sí. Ya terminamos acá.

—No me gusta— dijo Al. —Es la cagada. Tú hablas demasiado.

—¡Ah, qué coño!— dijo Max. —Tenemos que divertirnos, ¿no?

—De todos modos tú hablas demasiado— dijo Al. Vino de la cocina. Los cañones recortados de la escopeta hacían un leve bulto bajo la cintura de su abrigo demasiado estrecho. Se lo ajustó con las manos enguantadas.

—Hasta la vista, vivote— le dijo a George. —Tienes mucha suerte.

—De verdad— dijo Max. —Deberías apostar en las carreras, vivote.

Los dos cruzaron la puerta de la calle. George los vio, por la ventana, pasar bajo las luces y cruzar la calle. Con sus abrigos ajustados y los sombreros parecían una pareja de comediantes. George regresó a la cocina por la puerta batiente y desató a Nick y al cocinero.

—No quiero saber nada más de esto —dijo Sam el cocinero. —No quiero saber nada más de esto.

Nick se puso de pie. Jamás lo habían amordazado.

—¡Vaya!— dijo. —¿Qué coño pasa? Trataba de aparentar que no se había asustado en lo más mínimo.

—Iban a matar a Ole Andreson— dijo George. Lo iban a tirar cuando entrara.

—¿Ole Andreson?

—Sí.

El cocinero se palpaba la comisura de los labios con los dedos.

—¿Ya se fueron? —preguntó.

—Sí— dijo George— ya se fueron.

—No me gusta— dijo el negro. —No me gusta ni un poquito.

—Oye— le dijo George a Nick— es mejor que vayas a hablar con Ole.

—Bueno.

—Mejor es que no tengas nadita que ver con eso— dijo Sam el cocinero. —Mejor es que no te metas.

—Si no quieres ir no vayas— dijo George.

—Meterse en esos asuntos no trae nada bueno— dijo el cocinero. —No te metas.

—Voy a ir a hablar con él— le dijo Nick a George. —¿Dónde vive?

Sam les dio la espalda.

—Los niños siempre saben lo que quieren— dijo.

—Él vive en la pensión de Hirsch— le dijo George a Nick.

Afuera las lucen brillaban por entre las ramas desnudas de un árbol. Nick remontó la calle y en el siguiente poste

de luz torció hacia una calle lateral. La tercera casa era la pensión de Hirsch. Nick subió los dos escalones y tocó el timbre. Una mujer vino a abrir.

—¿Está Ole Andreson?

—¿Quieres verlo?

—Sí, si está.

Nick subió tras la mujer hasta el primer piso. Allí se dirigieron hacia el otro extremo del pasillo. Ella tocó la puerta.

—¿Quién es?

—Lo busca una persona, señor Andreson— dijo la mujer.

—Soy Nick Adams.

—Pasa.

Nick abrió la puerta y entró en el cuarto. Ole Andreson estaba tirado sobre la cama con la ropa puesta. Había sido boxeador profesional de peso pesado y era demasiado grande para la cama. Recostaba la cabeza sobre dos almohadas. No miró a Nick.

—¿Qué pasa?— preguntó.

—Yo estaba en el café de Henry— dijo Nick —y llegaron dos tipos y nos amarraron a mí y al cocinero, y dijeron que lo iban a matar.

Decirlo sonaba como una tontería. Ole Andreson no dijo nada.

—Nos metieron en la cocina— siguió Nick. Lo iban a matar cuando entrara a comer.

Ole Andreson miraba hacia la pared sin decir nada.

—George pensó que mejor venía y le avisaba.

—Yo no puedo hacer nada— dijo Ole Andreson.

—Le diré cómo eran.

—No quiero saber cómo eran— dijo Ole Andreson. Miró hacia la pared. —Gracias por venir a avisarme.

—Está bien.

—Nick miraba al hombre grande tirado sobre la cama.

—¿Quiere que vaya a avisar a la policía?

—No— dijo Ole Andreson. —No serviría de nada.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No. No hay nada que hacer.

—A lo mejor era una fanfarronada.

Ole Andreson dio vuelta hacia la pared.

—Lo único —dijo, dirigiéndose a la pared— es que no me decido a salir. He estado aquí todo el día.

—¿No podría irse del pueblo?

—No— dijo Ole Andreson. —Ya me cansé de tanto estar yendo de un sitio para otro.

Miraba hacia la pared.

—Ya no hay nada que hacer.

—¿No hay alguna forma de arreglarlo?

—No. Hice cosas malas— dijo, con la misma monotonía. —No hay nada que hacer. Dentro de un rato me voy a decidir a salir.

—Mejor vuelvo a hablar con George —dijo Nick.

—Hasta luego —dijo Ole Andreson. No miró a Nick. —Gracias por venir.

Nick salió. Al cerrar la puerta vio a Ole Andreson con la ropa puesta, tirado sobre la cama mirando hacia la pared.

—Ha estado en su cuarto todo el día— dijo abajo la encargada. Me parece que no se siente bien. Le dije “señor Andreson, debería salir a dar una vuelta en un día de otoño tan bonito”, pero él no tenía ganas.

—No quiere salir.

—Lamento que no se sienta bien— dijo la mujer. —Es tan buena persona. Fue boxeador, ¿sabes?

—Yo sé.

—Si no fuera por la cara uno no se daría cuenta— dijo la mujer. Estaban conversando junto a la puerta. —Es tan amable.

—Bueno, buenas noches, señora Hirsch— dijo Nick.

–Yo no soy la señora Hirsch –dijo la mujer. –Ella es la dueña. Yo solo soy la encargada. La señora Bell.

–Bueno, buenas noches, señora Bell– dijo Nick.

–Buenas noches, dijo la mujer .

Nick retomó la calle oscura hasta la esquina del poste, y dobló por la calle principal hacia el café de Henry. George estaba adentro, tras el mostrador.

–¿Hablaste con Ole?

–Sí– dijo Nick. –Está en su cuarto y no va a salir.

El cocinero abrió la puerta de la cocina al escuchar la voz de Nick.

–No quiero ni oír hablar de eso– dijo, y cerró la puerta.

–¿Le contaste lo que pasó?– preguntó George.

–Sí, se lo dije, pero él ya sabe de qué se trata.

–¿Qué va a hacer?

–Nada.

–Lo van a matar.

–Me parece que sí.

–Se debe hacer metido en un lío en Chicago.

–Yo también lo creo.

–Es una verdadera vaina.

–Es horroroso– dijo Nick.

No dijeron nada. George recogió un paño y secó el mostrador.

–¿Qué habrá hecho?– dijo Nick.

–Traicionaría a alguien. Ellos matan por eso.

–Me voy a ir de este pueblo– dijo Nick.

–Sí– dijo George. –Es lo mejor.

–No aguanto el pensar que esté en ese cuarto esperando y sabiendo que lo van a liquidar. Es demasiado horroroso.

–Bueno– dijo George –mejor es que no pienses en eso.